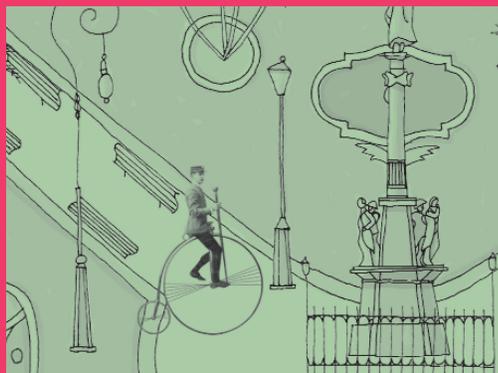




# Rosario Ilustrada

*Guía literaria de la ciudad*

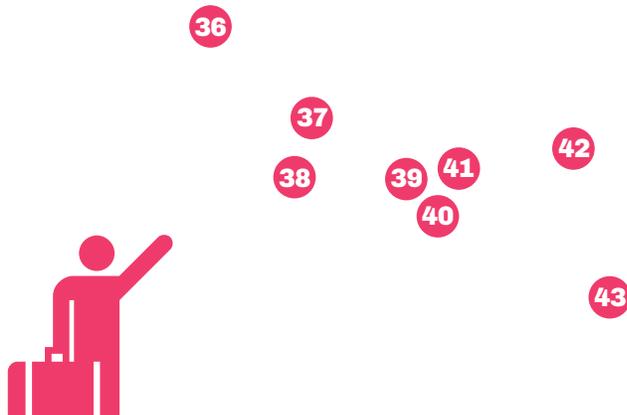


**36** A bailar zambas, carnavalitos y pericones. **37** El pesquisa trata de leer en un rostro impenetrable. **38** Gentes livianas de ropas matando mosquitos a los sopapos. **39** Junto al vientre de silos imperialistas. **40** El follaje de los plátanos oscurece la vereda. **41** El viento estremece las palmeras. **42** Presidido por una imponente estatua de San Martín. **43** De vez en cuando el dragón de la fantasía llena el aire.

**Luis Gudiño Kramer** **Enriqueta Gardon**  
**Mateo Booz** **Facundo Marull**  
**Pablo Makovsky** **Perfecto Gambartes**  
**Marcelo Scalona** **Lubrano Zas**

# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



## Recorridos anteriores

**1** Roberto Arlt **2** Jorge Söhle **3** Ada Donato **4** Felipe Aldana **5** Beatriz Vignoli **6** Lilian Neumann  
**7** Arturo Cancela **8** Rosa Wernicke **9** Jorge Isaías **10** Rubens Bonifacio **11** Patricia Suárez  
**12** Pablo Crash Solomonoff **13** Oscar Taborda **14** Alfonsina Storni **15** Daniel Giribaldi  
**16** Osvaldo Bazán **17** Borges/Bioy Casares **18** Daniel Briguet **19** Rafael Ielpi **20** Eduardo D'Anna  
**21** Héctor Sebastianelli **22** Florencio Sánchez **23** Fausto Hernández **24** Edgardo Dobry  
**25** Francisco Gandolfo **26** Alberto Lagunas **27** Angélica Gorodischer **28** Juan Carlos Onetti  
**29** Roger Pla **30** Edgardo Cozarinsky **31** César Tiempo **32** Noemí Ulla **33** Alejandro Rubio  
**34** Hugo Diz **35** Elvio Gandolfo

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro / Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / Diseño Cosgaya Diseño / Impresión Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, María del Carmen D'Angelo, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Mario Ghione, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Carlos Raggi, Roberto Retamoso, Sylvia Saítta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alfredo Tornimbeni, Alberto Carlos Vila Ortiz, Susana Zemme, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario* y *Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

por Luis Gudiño Kramer

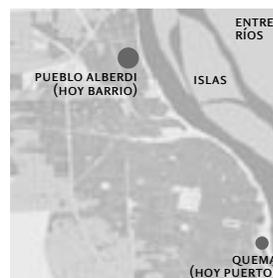
**C**asi al terminar el invierno llegaron los rosarinos, tres hermanos muy corsarios para la nutria. Venían con varios miles de pesos en el cinto y con sed. Hicieron un desparramo en el boliche. Comieron conservas, tomaron vino, se quedaron a dormir y no pararon en una semana de darse buena vida. De noche lo hacían tocar a Pedro y cuando dieron por concluida la farra, a la que solían venir algunas mujeres al olor de la plata, lo convidaron al muchacho a que se fuese con ellos para el Rosario.

Pedro tenía veinte años. Le faltaba poco para la conscripción y ya se estaba aburriendo del pueblo. Se fue con ellos, que le hablaban de que él tenía buen oído y habilidá y de que tenía que abrirse camino entre la gente, que había mucha y aficionada a la música criolla en el Rosario.

Los hombres vivían en las afueras de la ciudad, cerca de la quema de la basura. Se había formado un rancherío donde hervían los chicos y los perros flacos. Casuchas de barro y lata, hombres amarillos, sucios y peleadores. Había unos terrenos baldíos y entre el basural el contratista criaba chanchos.

A Pedro no le gustó la vida en la quema. Él se había criado en la pobreza pero en espacios abiertos, sin promiscuidad, y allí, con ser que le habían acomodado un galponcito, no se sentía a gusto. Los primeros días lo pasaron más o menos divertidos porque los rosarinos, con plata, no paraban de festejar la vuelta. Pero así y todo, él se sentía un extraño allí.

La gente lo trataba de correntino, y él, que era más entrerriano que santafesino pero más que nada islero, aunque hablase algo el guaraní mezclado que aprendió en Esquina y se habla en el Feliciano, trataba de sentirse correntino y sólo lo conseguía tocando el chamamé o cantando, con su voz todavía insegura, alguna letra mechada de cristiano y guaraní.



### A bailar zambas, carnavalitos y pericones



Nacido en la provincia de Entre Ríos y radicado en la ciudad de Santa Fe, a Luis Gudiño Kramer, uno de los máximos costumbristas litoraleños, le bastaron tres palabras para pintar a los rosarinos como los vio en el 30: chocantes, compadres y bochincheros.

&gt;&gt;&gt;

>>> No le gustaba, tampoco, el modo de los rosarinos, chocantes y compadrones, bochincheros pero poco resueltos cuando se presentaba el caso.

De poco hablar, no hacía amigos en el andurrial ese. Con el primero con el que comenzó a entenderse, sin muchas palabras, fue con un agente del escuadrón, que vivía saliendo de la quema hacia la ciudad. El escuadrón era correntino de Goya, y le gustaba la música. Él lo llevó a una pista de Alberdi y más tarde, con otros compañeros, le hicieron rueda para escucharle *Fierro punta* y *Nderecoi la culpa* que él tocaba con mucho sentimiento. Así saltó de la quema al Fortín Luján, donde le hicieron un lugar en un galpón de aperos unos señores aficionados a los bailes populares, y que se reunían los sábados y domingos a bailar zambas, carnavalitos y pericones.

Luis Gudiño Kramer nació en Villa Urquiza (Entre Ríos) en 1893 y murió en Santa Fe en 1973. Este es un fragmento del relato "Chamamé", perteneciente a su libro *La creciente y otros cuentos* (Buenos Aires, EUDEBA, 1966).



**37**

## Teatro Colón

por **Enriqueta Glardon**

**M**edia hora después sintió pasos en el corredor. Un leve estremecimiento sacudióla, mas pronto se repuso.

Y cuando Caldan entró, pues fue el que envió la división de investigaciones, que tampoco había perdido de vista a la aludida, lanzó un suspiro murmurando ingenuamente:

—Detective, ¡me han robado descaradamente!

—Cálmese, señora, y cuénteme cómo fue —respondió Caldan tratando de leer en aquel rostro que parecía impenetrable.

—Salía del Colón, cuando en la calle Urquiza antes de llegar a Entre Ríos, vi abrirse la portezuela de mi coupé; en el primer momento no me di cuenta lo que podía ser. Mas luego, al ver unas manos que me arrancaban mi necesaire de toilette, quise gritar... Pero el ladrón me puso las manos sobre la boca con tanta fuerza que me partió el labio... ¡Cómo me desmayé no lo sé! ¡Cuando volví en mí, estaba en mi cama!

—Pero usted no puede recordar más o menos la persona que era: los rasgos del individuo, en fin, algo que le hubiera llamado la atención —preguntábale Caldan fijando su mirada persistente en los menores gestos de la acusadora.

—Me pareció una persona joven, alta, delgada, de rostro afeitado.

—¿El traje o sombrero? —volvió a preguntar el pesquisa.

—¡No he podido darme cuenta!

—¿Usted puede sospechar de alguno que le deseara mal? —interrogó como indiferentemente el pesquisa.

Un imperceptible movimiento recorrió el cuerpo de la ex corista, que contestó ingenuamente:



**El pesquisa  
trata de leer  
en un rostro  
impenetrable**



En 1924 una enigmática Enriqueta Glardon, que se presenta a sí misma como "una provinciana que se presta a comentarios", firmó la primera novela policial rosarina fundando, involuntariamente, un género que en los años 70 encontró en la ciudad cultores más refinados.

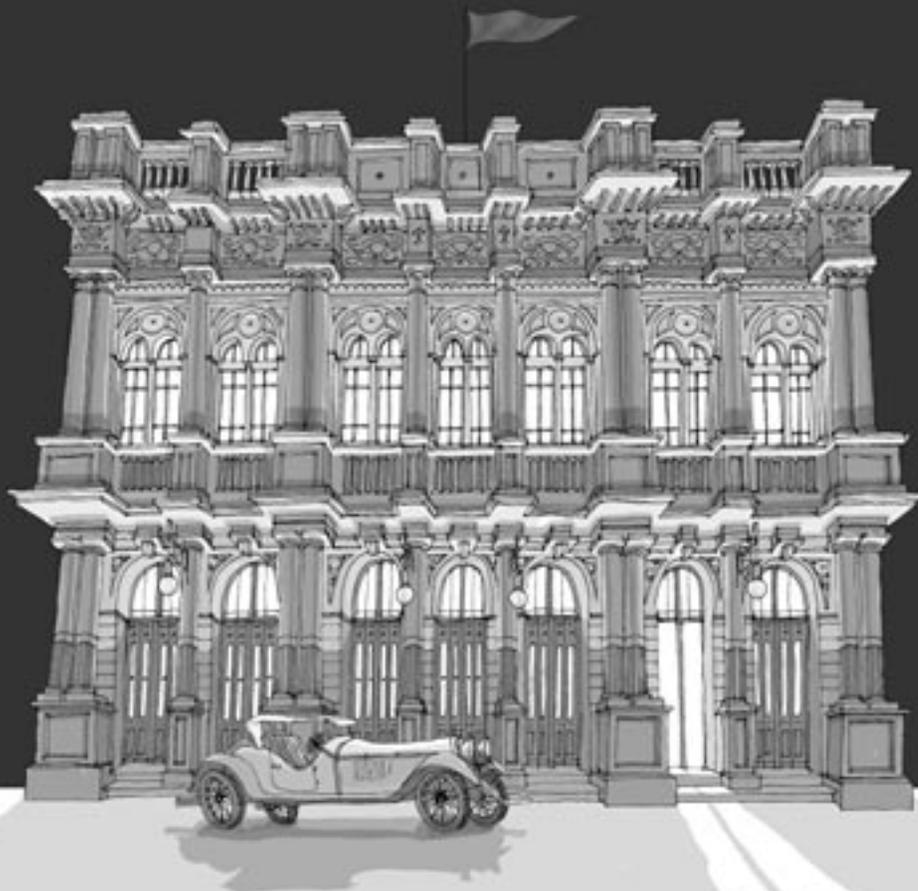
>>>

>>>

—¡No! al menos no creo tener enemigos en Rosario, pues nunca hice mal a nadie.

¡Eso lo dices!, díjose para su capote Caldan, pero si interrogas tu conciencia me parece que la tendrás más negra que un ala de cuervo.

Este es un fragmento de *Novela policial rosarina. Víctima de errores*, de Enriqueta Giardon (Rosario de Santa Fe, 1924).



por Mateo Booz

**D**espués de cenar marcharon a la plaza. Diciembre envolvía a la ciudad con una atmósfera de fuego. Gentes livianas de ropa tertuliaban en las veredas, y algunos, aireándose y matando a sopapos los mosquitos, se adormecían en los sillones de hamaca.

En la lapidería de la esquina una pareja de novios se arrullaba, entre las urnas cinerarias y los epitafios de las losas. Tal contraste de la vida y de la muerte inspiró una reflexión filosófica al santero. Doña Úrsula condenó la libertad de las costumbres y la desaprensión de las madres que no vigilan a sus hijas. Amalia se sintió acusada.

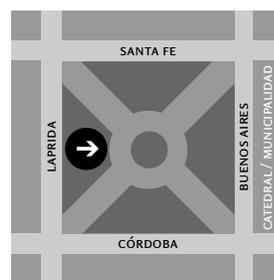
Junto a la pirámide, los músicos del piquete soplaban sus cobres y batían sus cajas, y los paseantes giraban incansablemente.

Era la plaza el punto de cita y de recreo de las damas rosarinas, después del día sofocante pasado en los patios, en batón, con el consuelo de los abanicos y del agua fresca de los aljibes, mientras los maridos sudaban la gota gorda en sus ocupaciones de comerciantes.

Señores de relieve municipal dialogaban en los escaños de negocios y de política, y las matronas, con rodetes, relicarios y caravanas, de los últimos figurines recibidos de Buenos Aires y de la escasez de buenas sirvientas.

Las niñas, del brazo, con las cinturas ceñidas y agrandados los traseros por los polisones de cerda, transcurrían en un sentido y, en sentido opuesto, para encontrarlas y remirlas, los donceles de galera, garabateando el aire con sus varitas barnizadas.

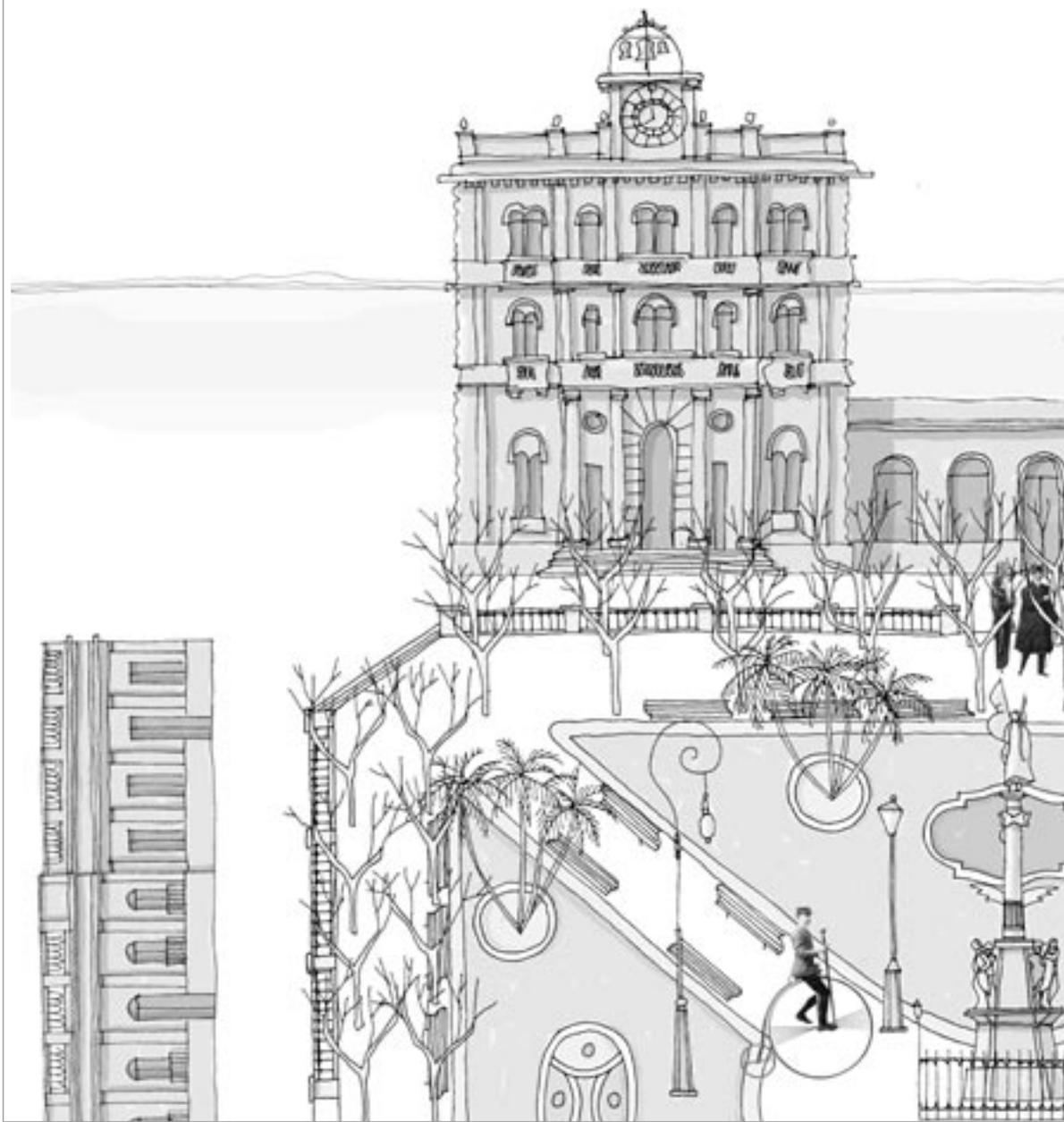
Algún joven intrépido, pedaleando su velocípedo —una rueda



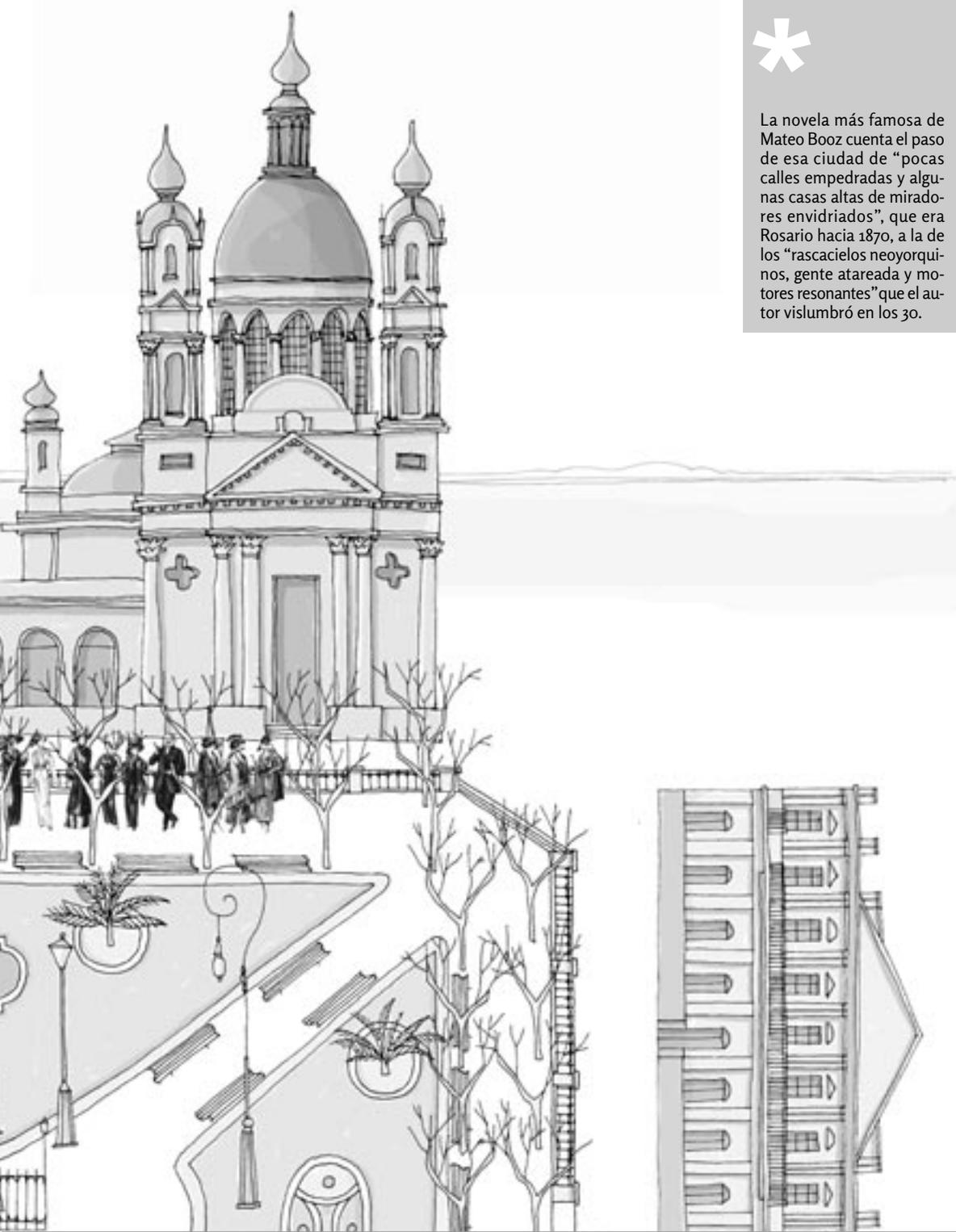
**Gentes livianas  
de ropa matando  
mosquitos a los  
sopapos**

&gt;&gt;&gt;

»» enorme y una rueda diminuta— gambeteaba entre los paseantes. Era ciertamente un peligro para el prójimo; pero en compensación el velocipedista ofrecía un espectáculo regocijante cada vez que se hacía un ovillo en el suelo, con su artilingio, como un avestruz boleado.



Mateo Booz es el seudónimo de Miguel Ángel Correa. Nació en Rosario en 1881 y murió en Santa Fe en 1943. Este es un fragmento de su novela *La ciudad cambió de voz* (Santa Fe, Talleres Gráficos El Litoral, 1938).



La novela más famosa de Mateo Booz cuenta el paso de esa ciudad de “pocas calles empedradas y algunas casas altas de miradores envidriados”, que era Rosario hacia 1870, a la de los “rascacielos neoyorquinos, gente atareada y motores resonantes” que el autor vislumbró en los 30.

39

## Paredón

por Facundo Marull



### Exhumación de Wheelwright

Ya no es espesa amistad de bodegón sobre vino manchado  
y confidencias enviadas al otro mundo de un solo trago.  
La dejaron sombras ahorcadas en muros desertores  
abrazados lastimeros con bayonetas en las entrañas pateando  
sin risas.

Angustia de cortejo los árboles chuecos como duendes timoratos  
alargan su caricia delicuescente dedos sin joyas  
a los rostros sin almas curtidos de semanas.  
Y la ochava cruje el andar delgado del último malevo  
y canciones con cremalleras oxidadas, canciones cenizas,  
al paso inexperto de un curdela.  
Sólo queda oscuros ronquidos, eructos de suicidas;  
olor a trenes y a distancia.  
Y nebulosidades de vapor y humo pronto a partir.

Adiós musicalías transitadas del bar Los Chivos  
que pusieron sus nalgas en las palmas abiertas  
de jubilados y vidiores satélites.

Ya se van bajo negras arcadas de follaje  
donde nadie miró nunca el cielo  
y se contagia un andar delincuente.

Apretadas cautelas que suenan a prisión  
o a bodega de barco pirata.

Y aún respira humedad hablando de sótanos abandonados,  
teniendo pisos quejosos y muebles reumáticos  
que pronuncian chirridos de convalecencia  
mientras un sujeto por los tréboles contrae blenorrea.



Frente al muro que se levantaba en avenida Wheelwright, separando la ciudad del ferrocarril y el río, en la década del 20 proliferaban oscuros bares y personajes que, veinte años más tarde, el poeta evoca con tanta crudeza como lirismo.

Y se consumen meretrices trashumantes  
junto a las puertas pudriéndose secreteadoras.  
Cada recodo se abisma entre privados sorprendidos  
aniquilando acechos en los acechos proxenetas encorvados.  
Y los borrachos conversan con las sombras negadoras  
blasfemando a los portales herméticos arrepentidos,  
vomitan y se adormecen junto al vientre de silos imperialistas.  
Y rodeados de excrementos casi místicos.

London Bar asalta un tronar de pocilga allanada  
para luego  
el desfile gritón de dos prostitutas desnutridas  
y un marquereaux resignado tragando tinta  
como un rey de luto desfila entre policías amargos.

.....  
Tras el paredón los vagones roncan  
su pesado extatismo de paisajes.  
Y la noche tiene toses de trasmundo.

**Junto al  
vientre de silos  
imperialistas**



40

## Paredón (2)

por Pablo Makovsky

### Río

Atrás del paredón del puerto, entre el follaje de los plátanos que oscurecen la otra vereda, los techos de los galpones levantan un fulgor escarlata en la cálida mañana de mayo. Los autos corren lentamente, la espesura dorada del sol los retiene. Recorrer una ciudad es como recorrer una casa. Esta es una casa ajena, pero tengo una misión y eso aligera el peso de ser extranjero. La casa es el lugar al que uno vuelve cuando no tiene dónde ir.

**El follaje de los  
plátanos oscurece  
la vereda**



Para el extranjero, el muro que oculta un ferrocarril y un río debe ocultar también un puerto. Eso entiende el personaje de este libro, un uruguayo que llega a la ciudad en los 70 para descubrir, en contra del extendido lugar común, menos parecidos que diferencias entre Montevideo y Rosario.

Pablo Makovsky nació en Paysandú (Uruguay) en 1963. Este poema pertenece a su libro *La vida afuera* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2000).



**41**

## Bulevar Oroño

por Perfecto Gambartes

**¿Y** la tarde feérica del equilibrista? De un lado Polito y del otro Ustariz, me apretaban las manos, temblando.  
—Estábamos metidos todos en el mismo aro del pavor— acotó Veliz.

Enmudecidos, veíamos al hombre de la malla negra con los brazos abiertos. Desde la cumbre del palacete señorial, empezó a sacudirse el cable de acero por el que se aprestaba a descender el volatinero que lo estaba probando. Arriba, la silueta empequeñecida del que apoyado a la aleta de la poética mansarda, se había vuelto, esperando que cesara el viento. Se estremecían las palmeras y el hombre cauto al levantar la barra de equilibrio, nos cortó el aliento. Dio unos pocos pasos seguidos y se detuvo en balancín. ¡Che, pibe, estás temblando!, barruntó “Trincheta”, un asiduo al café Victoria. No sólo yo estoy temblando, contestó Ustariz. Nos delataba el miedo, la carne de gallina. La mujer rubia, de párpados amarillos y toques azulados, agradecía en su idioma trabado a los que del público extendían a su enorme sombrero las monedas y los pesos. Nosotros estábamos a metros del amarre del cable y lo vi-

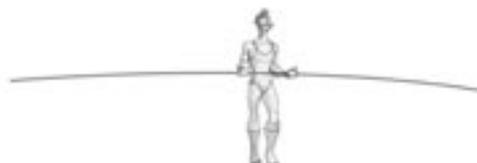
>>>



**El viento  
estremece las  
palmeras**



Caminando sobre un cable de acero atado a la cumbre de un palacete señorial, como viniendo de otro mundo a la zona del café Victoria, el equilibrista desciende hasta los chicos del barrio que lo reciben con más miedo que júbilo.



>>> mos de frente al bajar. Vibrantes se le marcaban las tensiones en el cuerpo y, en medio del júbilo, lo pudimos tocar. Tenía el cabello corto y el rostro consumido aquel equilibrista.



Perfecto Gambartes nació en Rosario en 1914 y murió en la misma ciudad en 1998. Este es un fragmento del relato "El niño y el ángel" perteneciente a su libro *El ídolo y otros cuentos* (Rosario, edición del autor, 1986).

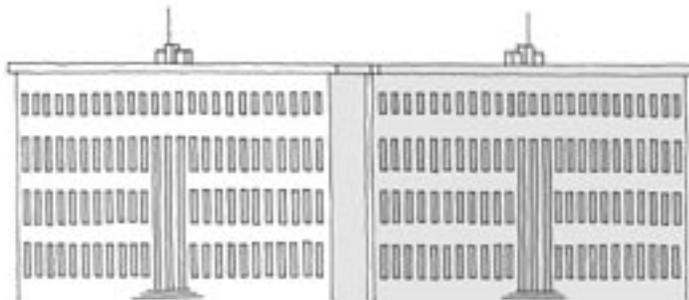
42

## Tribunales

por Marcelo Scalona

**H**acía tiempo que la angustia me hacía imaginar que el tribunal era un cementerio. Alucinaba de terror con que el edificio era una trampa y que un día fatal, todos los abogados recibiríamos nuestra última sentencia muriendo adentro, atrapados, entrampados, engañados o algo así, sin poder salir del lugar, como quien es soterrado.

Cuando se está muerto espiritualmente lo otro da igual —me decía— y es más una cuestión de curiosidad que de dolor. Entonces me metí en la puerta giratoria de la entrada. Aún conservaba su función específica: separar en todo el que llega al palacio, lo sensible y lógico, echándolo fuera, de lo mezquino y práctico arrojándolo dentro. Después de pasar por la máquina separadora ya estaba en el gran salón de recepción, donde se destaca un balcón alto y amplio desde el que los letrados avizoran sus presas. El ancho recibidor es presidido por una imponente estatua de San Martín. Como todas las mañanas lo saludé inclinando levemente la cabeza. Hacía siete años que había empezado a saludarlo. Al principio en broma, después en serio y después como todo, porque ya lo hacía desde antes.



**Presidido por una imponente estatua de San Martín**



En la mole de mármol que marca uno de los límites del Parque Independencia, el abogado que narra no ve el Palacio de Justicia provincial sino una enorme lápida, bajo la cual descansan todos los letrados rosarinos.

Marcelo Scalona nació en Rosario en 1961. Este es un fragmento del relato "Letra muerta" perteneciente a su libro *El altílo de mis oficios* (Buenos Aires, Corregidor, 1998).

43

## Estación Central Córdoba

por Lubrano Zas

**E**l barrio, poblado de pequeños negocios, aserraderos y corralones, se extendía como una gran playa hacia la estación Central Córdoba, donde la actividad crecía entre murmullos, silbatos y campanas. De vez en cuando el dragón de la fantasía llenaba el aire de fiesta: en la calzada, poco transitada, unos saltimbanquis desenrollaban una alfombra escarlata, de donde brotaba una pirámide humana. Sobre su cúspide, un niño agitaba una banderita azul y blanca. Los chicos, mudos de admiración, aplaudían hasta lastimarse las manos.

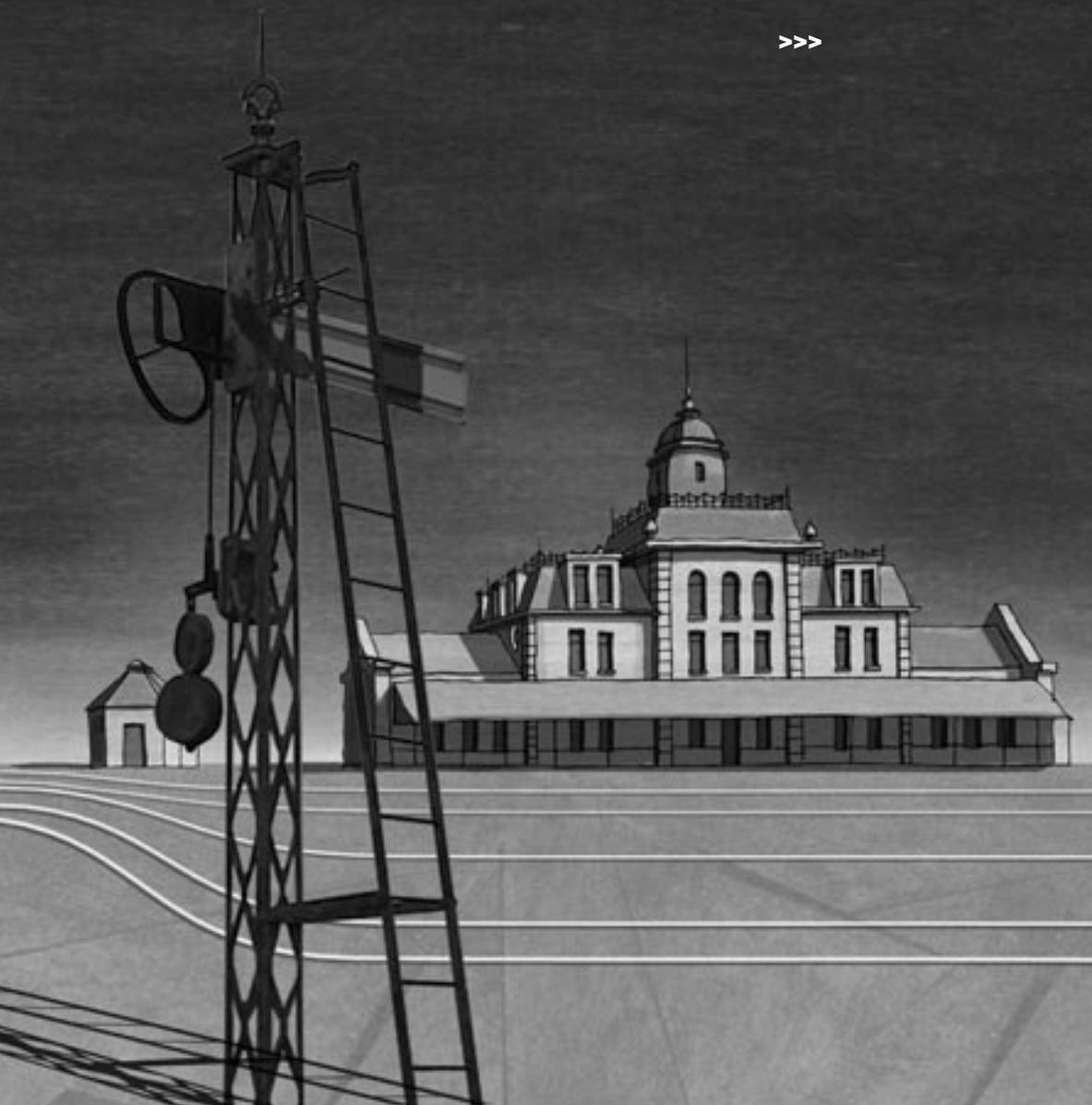
Lubrano Zas nació en Rosario en 1913 y murió en Buenos Aires en 1999. Este es un fragmento de su relato "Papá", publicado en la revista *Juego Rabioso* nº 1 (Buenos Aires, primavera de 1960).



A medida que escribo me parece estar viendo al “Viejo Ciego” arrastrado de la mano por una muchacha escuálida. Era una pareja doliente. Nadie sabía nada de ellos. La leyenda se había apoderado de sus vidas y dado cierta estatura extraña. El viejo tocaba la guitarra, y se acompañaba con una armónica que ataba a la parte superior de un atril de madera en forma de T, que aseguraba a su cintura. Las puertas retemblaban bajo su garrote de hierro. Enton-

**De vez en cuando  
el dragón de  
la fantasía llena  
el aire**

>>>



>>> ces sucedía algo raro: la calle quedaba desierta, y el “Monstruo Ciego” —como solía llamarlo mamá—, semejaba una figura fantástica luchando contra el destino.

Las gitanas, con sus críos a cuestas, el guiño multicolor de sus vestidos, y su andar lascivo, contribuían, como el cine “Doré”, a mantener en pie la imaginación apocalíptica de aquella barriada obrera.

Me acuerdo que las noches caían de golpe, como zarpazos. Eran noches tenebrosas, aunque estrelladas y quietas. Se diría que las cosas perdían de pronto su movilidad. Yo tenía la sensación de que la gente no se moría sino de noche, y que durante el día, todo podía acontecer, menos eso. A veces las sombras tomaban las formas de gigantes alados: las veía elevarse y confundirse, allá arriba, con las nubes, que corrían en tropel.

Ese año de 1923, la tormenta de Santa Rosa se desató con furia en Rosario. Destruyó sembrados, plantas, y las carpitas que brotaban como hongos atrás de la estación, cerca de los baldíos, donde los linyeras se amontonaban a lo largo de una vía muerta. La piedra caída era tanta que las calles parecían de nieve. El barrio quedó en tinieblas. Los postes telegráficos, azotados por el viento, yacían en el suelo, abatidos, y los faroles de las esquinas rodaban por la calzada haciendo un ruido infernal. Los vecinos comenzaron a creer que la vida llegaba a su término.

—Se acerca el fin del mundo —rugían.



En las calles en tinieblas ruedan faroles y yacen postes telegráficos arrastrados por la tormenta de Santa Rosa, un día de 1923, cuando parece que el fin del mundo tiene su epicentro entre La Tablada y la República de la Sexta.



**Rosario Ilustrada**

*Guía literaria de la ciudad*

## En el próximo número

**Adolfo Bioy Casares Dermidio González**

**Jorge Barquero Pablo Gavazza**

**Alma Maritano Abel Rodríguez**

**Carlos Piccioni Roberto Fontanarrosa**

## Recorrido 7 de 10

**Aparece el domingo 19 de setiembre**

# Rosario Ilustrada

## **Guía literaria de la ciudad**

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

**Una ciudad imaginaria. O la única real.**

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española  
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso de la Lengua Española  
“Identidad lingüística y globalización”



EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN